

EL JABALÍ

Carlos Aránguiz Zúñiga

Al tercer día divisamos un caserío casi perdido en el follaje, que sólo advertimos por el humo blanco y alto que salía por encima de los árboles, casi debajo de una represa natural que contenía un lago verde y turbio del que unas horas antes habíamos sacado a lanza el salmón más grande que vi en mi vida.

Dirigimos nuestras cabalgaduras exhaustas a las casas desparramadas en la falda de una colina, de espaldas a un riachuelo cristalino que parecía merodear los patios cercados.

Un perro enorme, de fauces negras y aliento hediondo vino a recibirnos y los caballos detuvieron su paso desobedeciendo incluso el chicote. Don Vicho, el gaucho que nos servía de guía, afirmó su lanza y cuando se aprestaba a cargar al animal que no cesaba de ladrar furiosamente, apareció tras suyo a paso cansino y fumando tranquilamente un cigarro de hierbas, un campesino de rostro arrugado, desdentado y sucio, orgulloso en su porte erguido y de pelo cano.

—¿Falta mucho a La Tapera? —le pregunté a guisa de saludo.

Pero no me respondió enseguida, sino que primero acarició al agresivo can, que dejó de ladrar de inmediato. Entonces los caballos recobraron su aplomo y tuvimos que jalar riendas para detenernos justo frente al hombre.

—Llevamos tres días andando —señaló Varela, el capataz que también me acompañaba, como hablándole al perro—. Estamos cansados. Nos gustaría tomar pensión.

El campesino hizo un gesto con su mano, mostrándonos una choza pintada de azul que sobresalía en el rancharío que se abrió a nuestros ojos, de la cual salía precisamente el humo que antes habíamos divisado. Luego dijo, dirigiéndose asimismo al perro: —Tengan cuidado al desmontar.

Recorrimos los pocos metros que nos separaban de la casita indicada, a paso apurado. Amarramos los caballos en un poste de la cerca, ahuecamos nuestras pisadas en los tablones del portal y entramos sin anunciarnos.

Nos recibió una viejecita amable, cargada de años y chales, que también fumaba un cigarro de hierbas y despedía de su piel oscura un fuerte olor a capón.

—Pasen, pasen —nos invitó con voz cantarina, aún cuando ya estábamos adentro—, siéntense en esas bancas, al lado del fuego.



Rafael Cuevas Molina (Guatemala)

Nos mostró unos asientos dispuestos alrededor de la cocina a leña, sobre la cual unas ollas renegridas por el hollín dejaban escapar un inconfundible hedor de animal cerrado.

—Queremos pensión —le anuncié al tiempo que me sentaba en el lugar más próximo al fuego—. ¿Qué se cocina?

La viejecita sonrió con petulancia. Se dirigió hasta un armario del cual sacó una botella de licor casero y me la alargó con una seña picaresca. Don Vicho y Varela se sentaron también, frente a mí, sacándose los ponchos húmedos y los sombreros ajados.

—¿Qué hay de comer, abuela? —preguntaron casi al unísono, sin quitar los ojos de las ollas ni inmutarse por la fetidez del guisado, notándose en sus pupilas ávidas los dos días que no comíamos en abundancia.

La mujer arrugó su cara en una sonrisa amplia y recién entonces me di cuenta que en su mano sobaba un mate que comenzó a beber a hurtadillas, en sorbos cortos, hasta que lo oyó roncar.

—Jabalí —dijo recorriéndonos con una sola mirada—. Ustedes seguramente comieron alguna vez jabalí.

Nos miramos risueños. Seguramente no le parecíamos baqueanos por nuestra vestimenta elegante para esos

lugares, pero ella no podía saber que yo me dirigía, acompañado de mis dos amigos, a mi propia boda en Cisnes Medio.

La anciana nos creyó sorprendidos o incrédulos, porque enseguida agregó: —Los caza mi marido— y se volvió hacia la puerta para mostrarnos al campesino que nos había recibido, quien justamente hacía su entrada.

Cuando nuestros ojos se acostumbraron a la penumbra del cuarto, nos encontramos rodeados de cabezas de jabalíes colgadas en todos sus muros, entreveradas con jamones salados del mismo animal.

Nos hartamos de comer del guisado y los panes de grasa que untábamos en su jugo. Y mientras bebíamos café con punta y fumábamos para ayudar a la digestión, nuestro anfitrión, superada ya la desconfianza inicial, se puso locuaz y tallero, encontrando buena disposición de nuestra parte para oír sus historias, llenos ya los estómagos y alborotada la sangre por el licor casero. *Llevo cuarenta años en la zona y cuando llegué no había más que jabalíes. Son bichos malos, mañosos; me carnearon varios caballos y a mí me han dejado las piernas todas charquiadas. Ahora hay pocos, porque los leones les tomaron el gusto y los que quedan son tan grandes que ni ellos se atreven a cargarles. Además, tuvieron la mala pata de encontrarse conmigo y el único año que no me eché un ciento, fue cuando partí a la pampa a buscar peuca* —y riéndose destempladamente apuntaba a la anciana que lo contemplaba entre avergonzada y arrobada. El hombre se reía con tanta franqueza, que pronto estábamos contagiados de su viril alegría y lo animábamos a que nos repitiera sus hazañas, las que escuchamos por espacio de varias horas. Pero luego se vino encima la noche y sacando nuestras mantas para abrigarnos, las tendimos alrededor de la cocina. Sólo en ese momento, y a modo de despedida, el campesino se atrevió a preguntarnos: —¿Y adónde van los patrones?

Guardamos un silencio cómplice un momento y luego don Vicho repuso, socarrón, aguantando una carcajada: —¡A cazar jabalíes, pues!

Nos costó dormirnos, inundados por la hilaridad que brotaba a borbotones desde nuestras entrañas. Pero el cansancio logró vencer nuestra porfiada resistencia y caímos en un sueño profundo del que no despertamos sino hasta muy avanzada la mañana, cuando la viejecita nos sacudía con sus manos de ñires: —¡Levántense! ¡Levántense, que nos cayó una desgracia!

Nos paramos completamente despabilados por la alarma que mostraba la buena mujer que sollozaba a ratos, pero callaba la mayor parte del tiempo.

—¿Qué pasó, abuela? —inquirió don Vicho.

La mujer balbuceó unas frases que no entendimos. Varela la tomó de los brazos, se agachó para mirarla a los ojos y le repitió la pregunta. Sin embargo, el llanto, como un torrente incontenible, vino a apagar definitivamente la voz de la anciana.

Mientras mis amigos trataban de informarse acerca de lo sucedido, yo salía afuera a ver los caballos que estremecían la mañana con sus relinchos, presintiendo que en ello podría obtenerse una respuesta más rápida.

No me equivoqué. Apenas traspuse la puerta y me paré en el portal, vi en frente de la casa, a unos cincuenta metros en línea recta de mi cuerpo paralogizado, un fabuloso jabalí de unos doscientos kilos de peso, negro como las nubes que cubrían el cielo, los ojos humedecidos por la llovizna y los colmillos amarillentos untados en sangre. Apenas unos metros a su lado, estaba el campesino esposo de la anciana, con sus intestinos volteados y las manos todavía aferradas a una lanza quebrada que sólo había herido lateralmente al animal.

Dos de los caballos lograron romper en ese instante sus ataduras y corrieron despavoridos; pero el mío no pudo zafarse del poste que lo mantenía al alcance del feroz agresor, que se mantenía inmóvil, con los ojos crispados fijos en su nueva presa.

Medí con desesperación la distancia entre el jabalí y mi caballo, donde estaba enfundada mi lanza, y calculé que debía separarnos el mismo trecho. Pensé entonces en correr hacia adentro, cerrar la puerta con tranca y esperar que el animal destripara mi caballo y acabara de tragarse al campesino, tal vez así se cansara y marchara. Pero luego pensé en Lucila, que me esperaba ese mismo día en el rancho de su padre; en los invitados ansiosos y en el cura traído de Coyhaique. Cerré los ojos y vi sus brazos de almenas rodeándome la cintura y sus labios de fresa que saboreaba en mi recuerdo desde que había emprendido mi viaje en Argentina. Y tomé la fría decisión de jugármela, aún sabiendo que el viejo cazador no había aprendido la lección de los pumas y además que yo jamás había cazado un jabalí en mi vida.

Corrí a todo dar hacia el caballo, al mismo tiempo que mis amigos salían de la casa con la viejecita en andas; y al verme, se pusieron a gritar: —¡No, Maucho! ¡Espera, Maucho!

Sin embargo, ya nada escuchaba, sólo el agitado latir de mi corazón fortalecido en la puna saludable de la cordillera aysenina, donde había estado tanto tiempo haciendo crecer las estancias ajenas. Con un salto final, sobrehumano, alcancé la lanza y la empuñé con tal fuerza que me

sangraron las coyunturas. Mientras, el jabalí aguardaba, en lo que se me antojó como un gesto de instintiva nobleza, para que yo tuviera la oportunidad de equilibrar la lucha que iba a trabarse.

—¡Dáale fuerte en el tungo! —me gritó hasta desgañitarse Varela, cuando comprendió mi irrevocable decisión.

—¡No le errís, Maucho, que no la contai! —añadió con la voz quebrada don Vicho.

Y entonces el animal no esperó más y cargó con todo su brío contra la pequeña figura que se había interpuesto en sus planes y entonaba su gazuza. En breves segundos pude sentir su resuello de sangre empujándome, pero me paré con firmeza y aguanté su envite con la lanza apuntada, que se enterró en su cuerpo merced a su propio impulso; y aunque fui levantado por los aires, mi peso sirvió para asentar el palo en sus entrañas. Sin embargo, mis piernas quedaron al alcance de su hocico y con sus colmillos se llevó dos lonjas de mi pantorrilla derecha.

Nunca supe cuánto tiempo me mantuvo suspendido la fiera, pero en un sacudón me botó lejos, cayendo cerca de las patas de mi caballo que seguía revolviéndose en su atadura; y de improviso, una coz vino a darme en la cabeza, nublándoseme la visión. Con los ojos emponzoñados divisé desde el suelo a la bestia mirándome, jadeante, comprimiendo su lomo partido a todo lo largo. Se me ocurrió que le producía curiosidad esa criatura extraña, ahora vencida, que había osado amenazarla. Después de un rato, contrariando todo lo que siempre se ha sabido de la actitud de este animal cuando está herido, dio la vuelta y se marchó al galope. Varela se acercó el primero, mientras don Vicho sujetaba a la mujer que se desplomaba sobre su esposo yerto. Cuando cabalgábamos al día siguiente, con mi pierna envuelta en pedazos de sábana, pensaba en lo triste que estaría Lucila, esperándome desde la noche anterior, arrumbada sin consuelo sobre la cama fría. ☐

Carlos Aránguiz Zúñiga. Chileno, nacido en Antofagasta. Poeta y narrador. Profesor de la Universidad de Los Lagos, Chile. Sus títulos publicados son: *Cuentos de la Carretera Austral* (1991), al que pertenece el cuento que aquí publicamos; *Cuentos Bioceánicos* (1997), la novela *Aysén: la estación del Olvido* (1993) y los poemarios *Desde Aysén y otros casipoemas* (1996), *De cordilleras y alevines* (1997) y *Piel de Naufragios* (1999). Ha sido fundador de varios suplementos literarios y ha recibido varios premios nacionales e internacionales en los géneros de cuento y poesía. Fue el director fundador de la revista *Francachela*, que se edita actualmente en Buenos Aires.

Segunda Época
Año 2 / Nro. 4

FRANCACHELA
REVISTA INTERNACIONAL DE LITERATURA & ARTE



INTERCAMBIO CULTURAL BRASIL-ARGENTINA	BRASIL POETAS DEL BRASIL	ESPAÑA POEMAS DE DOLORS ALBEROLA	PERU CUENTOS DE ISAAC GOLDBERGO
ARGENTINA ENTREVISTA A MARTA MINJUN Cristóbal Meiras	CUBA POEMAS DE CÉSAR LÓPEZ Y DE ROBERTO MÉNDEZ	ESTADOS UNIDOS CUENTOS DE RIMA DE VALLBONA	PUERTO RICO POEMAS DE VICENTE RODRÍGUEZ NIETZSCHE
CHILE ERNESTO CARDENAL EN CHILE Carlos Aránguiz	EQUADOR MI HOMENAJE A ALEJANDRA PIZARNIK Sara Vánegas Goveña	MÉXICO LA TEORÍA DEL CUENTO Y LA MINIFICIÓN EN VENEZUELA Luiso Zavala	REPÚBLICA DOMINICANA: APROXIMACIÓN A LA POÉTICA METAFÍSICA DE MANUEL DEL CABRAL Fausto Leonardo Henríquez

ADEMÁS: CINE, ENSAYO, LIBROS...

nómada
Año 2 / Número 7 / Buenos Aires, octubre de 2007 / \$8



ONETTI
texto inédito

LA PAPA
una historia injusta

MEDIO AMBIENTE
presente crítico

CLONACIÓN bajo la lupa
ser **INMIGRANTE** en Argentina
SANTELLÁN imágenes en ebullición

AMERICANAS

UNSAM
UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
SAN MARTÍN